

Una vida en libros



El librero, 1566, óleo sobre lienzo, (Castillo de Skokloster, Suecia), Giuseppe Arcimboldo

No conozco a nadie a quien los libros le hayan dado tanto y que tanto haya dado al mundo de los libros, como Artur Lundkvist.

Es extraño que una persona que tanto le debía a los libros tuviese tan poco apego a poseerlos.

La propiedad es un peso yo quiero utilizar las alas, escribió en un poema.

Recuerdo cuando un día, buscando un libro en su modesta biblioteca, cayó en mis manos uno que me maravilló. Artur, al darse cuenta, dijo sencillamente: “Llévatelo”. Y me regaló, sin pestañear, su ejemplar de una de las joyas bibliográficas de Suecia, la

primera edición de *sent på jorden* de Gunnar Ekelöf.

Claro que también era un mecanismo de autodefensa — de haber conservado los que le mandaban editoriales y autores, su biblioteca hubiese sido la de Babel y los libros lo hubiesen echado de su modesto piso. Su esposa Maria contribuía a la salvación vendiéndoselos regularmente a un librero de viejo. La verdadera biblioteca de Lundkvist era la pública, especialmente la de la Academia Sueca.

En 1961, en un artículo titulado *Mis bibliotecas*, en el que contaba su

agradecimiento a las bibliotecas públicas, terminaba así: ...“con los años me he ido haciendo cada vez más independiente de las bibliotecas públicas, ahora puedo hacerme con los libros que me interesan de diferentes formas. Sin embargo, no los colecciono para formar mi propia biblioteca, prefiero dejar que los libros lleguen y se vayan, que fluyan como un río, que sean de todos y de nadie”.

Publicamos a continuación los recuerdos del bibliotecario de la biblioteca Nobel, la de la Academia Sueca.

A Artur, de su bibliotecario

Anders Ryberg

A Artur no se le concibe sin biblioteca. Y no se trata en este caso de una biblioteca privada: los libros raros no le interesan y coleccionar libros le trae sin cuidado. No, por biblioteca nos referimos aquí a bibliotecas públicas, de préstamo. Por consiguiente no sobra en este libro el homenaje de un bibliotecario.

El bibliotecario de la Academia Nobel toma prestada una expresión a mano y quiere calificar a Artur de prestatario ideal, el auténtico prestatario ideal. Tiene que ser el sueño de todo bibliotecario: con un prestatario así no es menester dudar de la justificación de la biblioteca. Semana tras semana, durante años, Artur se ha llevado pilas de libros prestados, seguidas de una constante cascada, a modo de corolario inmediato, de artículos, reseñas y presentaciones (en diarios y revistas). Cómoda y aleccionadoramente ha podido conocer el bibliotecario el cometido real de sus préstamos.

Este bibliotecario, preocupado, se ha preguntado a menudo, si va a poder recibir, en este confín de Suecia, todo lo que Artur, ávido de saberes, pueda acaso pedir, todo lo que quizá acabe de aparecer en el lado opuesto de la esfera terrestre. A veces no lo ha conseguido, pero entonces le ha endilgado unos cuantos volúmenes disponibles, de seiscientos o setecientas páginas cada uno, para salir del paso y salvar la situación hasta la próxima semana.

Artur vive de libros y lo ha hecho desde que era un crío. Uno no puede dejar de pensar en ese

milagro, cómo se explica que un niño campesino de seis o siete años se lanzara en su pueblo, en Göinge, sobre los contados libros que había en casa, unos pocos textos religiosos, para tratar de sacar con rabia -puede uno imaginarse- algún sentido de palabras incomprensibles, sin conseguirlo, claro, pero sin desfallecer. En el principio fue el verbo. La religión no fue precisamente su interés principal, pero sí la palabra. ¿De dónde esa visión del mundo, de qué fuente manaba ese chorro inagotable de sueños, de fantasía? En un entorno donde se pensaba que el muchacho larguirucho y holgazán debía acudir a las labores del campo y trabajar como todos los demás, donde todo lo relacionado con libros era contemplado con masivo recelo y desdén. De esa pereza han resultado, no obstante, unos setenta u ochenta libros sin contar todo lo demás que escribió. Qué singular planta -a uno le da por pensar en la bardana de *Hadji Murat*, el héroe cosaco de Tolstoi, que crece, con primigenia energía y espléndido color rojo, por muchas que sean las ruedas de carros que la arrollen. Tuvo que haber cuajado una semilla rebelde en el terruño de Göinge, una semilla de anhelo de libertad, alegría de vivir y desafortada furia.

Si la biblioteca ha sido de provecho para Artur, ésta se ha visto copiosamente recompensada. El flujo de libros ha circulado en ambas direcciones. Artur recibe de todos los rincones del mundo muchos más libros que la Biblioteca Nobel, y ni él ni Maria podrían seguir viviendo en su apartamento de la avenida de Råsundavägen, si este bibliotecario no hubiese acudido, de cuando en cuando, a su domicilio para salir de allí con maletas llenas de libros. Siempre

recibido con la ancha sonrisa cordial de Artur, se le ha dado la bienvenida con una cerveza o con una copa de Oporto, y luego ha sido conducido a la mesa repleta de literatura. Una curiosa mesa, no sólo dispuesta para el bibliotecario, sino también para todos los escritores del mundo, que entonces son evocados a merced de la memoria, más curiosa aún, de Artur, gente que ha conocido en alguno de sus muchos viajes. Mares que se cruzan, puertos que acogen, continentes que se abren, extraños ambientes que se recortan con todo detalle, y conversaciones que, acaso tenidas hace veinte o treinta años, pueden ser escuchadas palabra por palabra -se trata de una curiosa mesa donde no se notan las barreras idiomáticas. Uno le parece que el habla local de Göinge es la base misma de las lenguas del mundo, al menos con ayuda de la genial intuición surrealista de Artur, una especie de lengua franca de la poesía.

Todas las visitas a casa de Artur y Maria fueron una fiesta. Muchas gracias de parte de un fiel bibliotecario.

Traducción: Juan Capel